

**LA FRAGMENTACIÓN DEL DEPORTE:
SU USO COMO VITRINA DENTRO DE UN
SISTEMA INTERNACIONAL EN DECADENCIA**

GRUPO

A

Deporte, identidad y rivalidades geopolíticas

LA IDENTIDAD EN JUEGO: EL DEPORTE COMO FRONTERA CULTURAL Y BASTIÓN DEL NACIONALISMO



RUSIA



IRÁN



MARRUECOS



Alejandro Murillo Espejo



MEX

Licenciado en Ciencias Políticas y Administración Pública por la Universidad Autónoma de Aguascalientes (UAA). Actualmente cursa la Maestría en Gobierno y Administración Pública en la Universidad Cuauhtémoc, plantel Aguascalientes. Cuenta con un marcado interés en el análisis de la Ciencia Política, la geopolítica y las Relaciones Internacionales. Ha impartido la ponencia "Evolución del sistema internacional: Paz de Westfalia y el fin de la Guerra de los Treinta Años" para la Secretaría de Asuntos Internacionales. Es autor de los artículos "Crisis y resiliencia: La reelección de Maduro en 2024 y la agudización de la crisis democrática" y "La encrucijada de Suecia y Finlandia respecto a Rusia", publicados en la Red de Estudios Globales Polaris. Asimismo, escribió el artículo "Populismo y Democracia: ¿Amenaza o evolución del sistema político?" para la segunda edición de la revista *Internationalis Scientia* (Vol. Nº 2).

La Identidad en Juego: El Deporte como Frontera Cultural y Bastión del Nacionalismo

Resumen

Este artículo analiza el deporte como un espacio central de construcción identitaria, proyección de poder simbólico y expresión del nacionalismo en el sistema internacional contemporáneo. A partir de los casos de Rusia, Irán y Marruecos, se argumenta que las competiciones deportivas han trascendido su función recreativa para convertirse en escenarios donde se disputan narrativas políticas, culturales y geopolíticas. Desde los enfoques teóricos de Benedict Anderson, Joseph Nye, Eric Hobsbawm, Ernest Gellner y Samuel Huntington, se examina cómo las naciones utilizan el deporte para fortalecer su legitimidad interna y proyectar una imagen determinada ante la comunidad internacional.

En el caso ruso, se estudia la inversión en mega eventos deportivos como herramienta de soft power y las consecuencias de la exclusión internacional provocado tras la guerra con Ucrania en 2022. Respecto a Irán, se analiza la instrumentalización del deporte por parte del régimen islámico como mecanismo de control ideológico, así como la resistencia de atletas y mujeres deportistas frente a las restricciones políticas y de género. Por su parte, Marruecos representa un ejemplo de nacionalismo transnacional, donde la diáspora y el fútbol se convierten en instrumentos de reivindicación cultural, proyección internacional y diplomacia deportiva.

La investigación concluye que el deporte constituye una de las últimas fronteras culturales del nacionalismo contemporáneo. En un contexto de fragmentación del orden internacional y debilitamiento de las instituciones multilaterales, los eventos deportivos funcionan como espacios privilegiados para la afirmación identitaria, la competencia simbólica y la redefinición de las relaciones entre Estado, sociedad y cultura en el siglo XXI.

Palabras clave

Deporte, nacionalismo, identidad nacional, soft power, geopolítica, Rusia, Irán, Marruecos.



Identity at Stake: Sport as a Cultural Border and Bastion of Nationalism

Abstract

This article analyzes sport as a central space for identity construction, the projection of symbolic power, and the expression of nationalism within the contemporary international system. Based on the cases of Russia, Iran, and Morocco, it is argued that sporting competitions have transcended their recreational function to become arenas where political, cultural, and geopolitical narratives are contested. Drawing on the theoretical frameworks of Benedict Anderson, Joseph Nye, Eric Hobsbawm, Ernest Gellner, and Samuel Huntington, this paper examines how nations utilize sport to strengthen internal legitimacy and project a specific image to the international community.

In the case of Russia, the study examines the investment in mega-sporting events as a tool of soft power and the consequences of the international exclusion triggered by the 2022 war with Ukraine. Regarding Iran, the analysis focuses on the instrumentalization of sport by the Islamic regime as a mechanism of ideological control, as well as the resistance of athletes and sportswomen against political and gender-based restrictions. For its part, Morocco represents an example of transnational nationalism, where the diaspora and soccer serve as instruments for cultural assertion, international projection, and sports diplomacy.

The research concludes that sport constitutes one of the final cultural frontiers of contemporary nationalism. In a context of fragmentation within the international order and the weakening of multilateral institutions, sporting events function as privileged spaces for identity affirmation, symbolic competition, and the redefinition of the relationships between state, society, and culture in the 21st century.

Keywords:

Sport, nationalism, national identity, soft power, geopolitics, Russia, Iran, Morocco.



I. Introducción: La Vitrina de las Comunidades Imaginadas

En las primeras décadas del siglo XXI, el sistema internacional se encuentra en una fase de transición profunda dado que se atraviesa una decadencia estructural del orden liberal construido tras la Segunda Guerra Mundial. Las instituciones multilaterales Naciones Unidas, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y las alianzas de seguridad como la OTAN exhiben claros signos de erosión.

Incapaces de resolver conflictos armados, crisis migratorias y disputas comerciales, estas estructuras se muestran aún menos aptas para gestionar los conflictos de identidad que definen la era contemporánea. En este vacío de gobernanza global, el deporte ha dejado de ser un fenómeno marginal de entretenimiento para convertirse en el escenario primordial de la geopolítica popular, un espacio donde las naciones proyectan su poder simbólico ante miles de millones de espectadores en tiempo real.

Benedict Anderson (1983) define la nación como una “comunidad imaginada”: una construcción mental compartida por millones de individuos que, aunque nunca se conocerán personalmente, se reconocen como parte de un mismo destino colectivo gracias a símbolos, rituales y narrativas comunes. En la modernidad secular, donde las grandes religiones han perdido parte de su monopolio simbólico, los mega eventos deportivos se han convertido en los ritos más potentes de esa imaginación colectiva.

Los deportes no son únicamente un recinto de competencia atlética; son vitrinas globales donde las naciones exhiben su existencia, sus valores, sus aspiraciones y, en ocasiones, sus fracturas internas ante una audiencia planetaria. Este artículo analiza tres casos emblemáticos Rusia, Irán y Marruecos para demostrar cómo el deporte se ha transformado en la última frontera cultural de un sistema internacional fragmentado.



2. Rusia y el ocaso de la diplomacia deportiva: Del espejismo del soft power al nacionalismo como refugio

2.1 La Inversión en Soft Power y el Prestigio Nacional

Rusia constituye un caso paradigmático del uso estratégico del deporte como herramienta estatal en el siglo XXI, bajo la premisa de que el poder militar era insuficiente para mantener su estatus de gran potencia en un mundo globalizado. Entre 2000 y 2021, el Kremlin destinó recursos sin precedentes al deporte como instrumento de soft power, convirtiéndose durante ese lapso de tiempo probablemente en el país que más invirtió en el deporte como instrumento para consolidar su presencia global.

Entre los proyectos más destacados figuraron los Juegos Olímpicos de Invierno de Sochi 2014 con una inversión entre 51 y 55 millones de dólares, erigiéndose como el segundo evento deportivo más costoso de la historia, y la Copa Mundial de la FIFA Rusia 2018, que requirió una inversión cercana a los 15 mil millones de dólares en infraestructura y modernización (McKinsey & Company, 2018). Esta estrategia se complementó con la organización de eventos de alto perfil, tales como el Gran Premio de Rusia de Fórmula 1 (2015-2021), la final de la UEFA Champions League en Moscú (2008), diversos campeonatos mundiales de hockey (2000, 2007, 2016) y la Eurocopa 2020, donde San Petersburgo albergó diversos partidos de la justa disputada finalmente en 2021 debido a la pandemia de COVID-19.

De acuerdo con González Levaggi (2020), esta política exterior, impulsada desde el año 2000 con el ascenso de Vladimir Putin, donde se combinaron instrumentos tradicionales de poder con el soft power para restaurar a Rusia como un actor indispensable en el sistema internacional. Con ello el objetivo del Kremlin era distanciarse de los estereotipos heredados de la Unión Soviética y la Guerra Fría, construyendo una identidad nacional renovada que proyectara una imagen de estabilidad, liderazgo y apertura a la cooperación global.



Durante dos décadas, esta diplomacia de seducción permitió al Kremlin normalizar su rol internacional, generar simpatía en audiencias globales y reforzar el relato interno de un “resurgimiento ruso”.

Más allá de la simple promoción turística o económica, la inversión deportiva fue una respuesta directa a la necesidad de legitimación ante la comunidad de naciones occidentales. El Kremlin entendió que la pertenencia a los circuitos deportivos de élite funcionaba como un sello de aprobación internacional, equiparable a los tratados diplomáticos o las alianzas comerciales. Al integrar al país en la arquitectura del deporte global, Rusia no solo buscaba prestigio, sino también diluir la desconfianza histórica de Occidente, presentando al Estado como un socio confiable que compartía los valores universales de competencia y deportividad.

Sin embargo, esta estrategia también respondió a un imperativo de política interna profundamente ligado al nacionalismo. Los éxitos logrados por los atletas rusos, así como la impecable ejecución de los eventos organizados en su territorio, funcionaron como un bálsamo para la psique colectiva tras la traumática desarticulación de la Unión Soviética. El deporte se convirtió así en una narrativa continua de superioridad y éxito nacional, donde cada medalla o trofeo servía para reescribir la memoria histórica, desplazando el relato de decadencia por uno de renacimiento impulsado por la dirección centralizada del Estado.

Finalmente, la apuesta por el soft power a través del deporte sirvió como un amortiguador ante las crecientes tensiones geopolíticas que caracterizaron las relaciones entre Rusia y Occidente durante la segunda década del siglo. Incluso ante la imposición de sanciones por eventos como la anexión de Crimea en 2014, el gobierno ruso utilizó la diplomacia deportiva como un escudo, manteniendo canales de diálogo abiertos con federaciones internacionales y patrocinadores globales. Esta red de influencia deportiva demostró ser lo suficientemente robusta para sostener la legitimidad del Estado ruso en el escenario global hasta que la crisis de 2022 rompió definitivamente los mecanismos de esta diplomacia de seducción.



2.2 La exclusión como un freno a la participación deportiva.

Sin embargo, la guerra entre Rusia y Ucrania, iniciada en febrero de 2022 marcó un punto de inflexión, provocando una estrategia de exclusión institucional sin precedentes contra Rusia. Organismos como la FIFA, la UEFA y el COI suspendieron a equipos y atletas rusos, imponiendo restricciones que trascendieron lo deportivo para convertirse en una maniobra de realismo institucional destinada a despojar a la identidad rusa de su legitimidad exterior (COI, 2022; FIFA, 2022; UEFA, 2022).

En este escenario, los atletas rusos autorizados han competido bajo denominaciones neutrales como el Comité Olímpico Ruso (ROC) o Atletas Individuales Neutrales (AIN). Estas medidas incluyeron la prohibición de la bandera y el himno nacional reemplazado por un fragmento del Concierto para piano n.º 1 de Piotr además de excluir las medallas obtenidas del registro histórico oficial de la nación, una acción que algunos analistas califican como una destrucción deliberada del capital cultural ruso (Nye, 2004).

En el ámbito futbolístico, el veto ha sido total: la selección nacional y los clubes fueron excluidos de todas las competiciones europeas y clasificatorias internacionales. Ante este aislamiento, Rusia adoptó una postura de resistencia, reafirmando la advertencia de Eric Hobsbawm (1991) sobre cómo la identidad nacional suele fortalecerse ante el asedio externo, transformando su estatus deportivo de un puente global a un símbolo de resistencia interna.

Como respuesta, el Kremlin y las federaciones locales calificaron las sanciones de "rusofobia occidental" y optaron por una estrategia de autosuficiencia y propaganda política. Se impulsó la creación de eventos alternativos, como los Juegos de la Amistad y los Juegos del BRICS, con el fin de competir con el formato olímpico tradicional, mientras se presionaba a los deportistas para evitar cualquier participación bajo bandera neutral que fuera percibida como una claudicación.



En los deportes de masas, la estrategia se centró en blindar las ligas domésticas y fortalecer alianzas con países afines. La Federación de Fútbol reestructuró sus torneos bajo el patrocinio de empresas estatales como Gazprom, mientras la selección nacional comenzó a jugar exclusivamente contra aliados como Serbia, Irán o Bielorrusia. Paralelamente, ligas como la KHL de hockey rompieron lazos con federaciones internacionales, utilizando contratos millonarios para retener al talento joven dentro de sus fronteras.

Dentro de Rusia, los eventos deportivos domésticos se han convertido en rituales de afirmación patriótica, mientras que los atletas neutrales en el exterior generan debates sobre lealtad y traición. Este repliegue refuerza la narrativa del Kremlin de un "Occidente hostil" y consolida un nacionalismo defensivo que trasciende el ámbito deportivo.

3. Irán: La Identidad Cultural frente a la Fractura del Control Estatal

3.1 El Deporte como Aparato Ideológico

En el contexto de Medio Oriente, pocas naciones han fusionado tan profundamente la identidad nacional con la supervivencia política e ideológica de su régimen como la República Islámica de Irán. En este escenario, el terreno deportivo nunca ha operado como un espacio neutral; por el contrario, funciona como un campo de batalla donde el Estado intenta imponer una visión unificada, moralista y de constante desafío frente a Occidente. Desde la Revolución Islámica de 1979, el régimen comprendió que la cultura de masas no podía dejarse en manos de la sociedad civil. Así, el deporte dejó de ser una actividad recreativa para convertirse en un estricto vector de propaganda.

3.2 El Deporte como Aparato Ideológico y el Espejo de la Hostilidad

La instrumentalización estatal siempre ha chocado con el arraigo popular de sus



atletas en los diversos regímenes iraníes. Considerando que aun antes de la revolución de 1979 el caso de Gholamreza Takhti (1930–1968), el luchador más laureado de Irán, ilustra el histórico divorcio entre los ídolos deportivos y el poder. Takhti desafió la retórica oficial del régimen del Shah y se convirtió en un símbolo de resistencia popular; su trágica muerte en 1968, atribuida popularmente a la policía secreta (SAVAK), consolidó el pabellón de lucha como un santuario de disidencia.

Transversalmente se encuentra el caso de Iman Jamali, considerado en su momento el talento más valioso del balonmano iraní, Ante la precariedad institucional y el férreo control ideológico de la Federación Iraní, Jamali emigró a Europa y, en 2014, tomó la decisión de renunciar a la selección de Teherán para nacionalizarse y competir por Hungría.

Por lo que el exilio y cambio de bandera de Jamali privó a Irán de su máxima figura en una disciplina en pleno crecimiento, transformándose en un ejemplo de cómo los atletas de deportes de alta competencia de sala prefieren la desarticulación de su identidad nacional en favor de la libertad profesional y personal en Occidente, debilitando el potencial de soft power que el régimen pretende proyectar.

Retomando que el patrón de resistencia en los deportes de combate se reavivó trágicamente en la era contemporánea en el Mundial de Judo 2019, las autoridades de Teherán le ordenaron a Saeid Mollaei perder intencionalmente para no cruzarse con el campeón israelí Sagi Muki. Ante las amenazas a su familia, Mollaei huyó a Alemania, expuso el chantaje estatal ante la Federación Internacional de Judo.

Asimismo, la ejecución en 2020 del luchador Navid Afkari, detenido por su participación en protestas antigubernamentales, ilustra cómo el régimen teocrático considera que el simbolismo de los atletas representa una amenaza a



su seguridad nacional, especialmente cuando estos se desvían de la narrativa oficial, ya sea en el ámbito de la lucha o en los estadios de fútbol.

En conclusión, estos casos confirman que el régimen iraní utiliza el deporte como un rígido aparato ideológico destinado a proyectar una imagen de ortodoxia y lealtad política inquebrantable. Sin embargo, la persistente disidencia de figuras como Takhti, Jamali, Mollaei y Afkari demuestra que el ámbito deportivo funciona simultáneamente como un espejo de la hostilidad interna, donde las tensiones entre la autoridad estatal y la libertad individual exponen la profunda fractura entre el régimen y el sentir de sus atletas.

3.3 La geopolítica del fútbol iraní en tiempos de confrontación

A medida que el fútbol se consolidó como el fenómeno de masas por excelencia, pasó a servir como el termómetro más preciso de la relación del régimen con el exterior. Como explica el historiador H. E. Chehabi en sus investigaciones sobre la política del fútbol en Irán, la evolución de la rivalidad con Estados Unidos ilustra la transición de una diplomacia de esperanza a una de confrontación total: mientras que en el Mundial de Francia 1998 la histórica victoria iraní (2-1) fue celebrada en la cancha con flores y gestos de fraternidad, el Mundial de Qatar 2022 marcó el fin de esa era de distensión, donde la derrota iraní ante el conjunto norteamericano fue festejada en las calles de Teherán por sectores de la población que ya no se sentían representados por el régimen.

Ese mismo torneo ofreció la manifestación más visible de lo que Benedict Anderson conceptualiza como una “re-imaginación” de la nación a través del espejo deportivo, cuando los once integrantes de la selección de Irán se negaron a entonar el himno nacional frente a una audiencia global en solidaridad con las protestas por la muerte de Mahsa Amini.

Esta fractura civil e histórica ha alcanzado su punto más álgido en el contexto institucional del Mundial de 2026. Ante las tensiones en Medio Oriente y las estrictas sanciones económicas, la Federación de Fútbol de Irán ha protagonizado un pulso diplomático de alta intensidad con la FIFA y los organizadores occidentales.



Frente a las declaraciones de la administración estadounidense de Donald Trump cuestionando la presencia iraní por razones de seguridad, y las advertencias de funcionarios como Marco Rubio sobre denegar visados a miembros del cuerpo técnico vinculados al IRGC, Teherán optó por el desafío geopolítico. La federación iraní solicitó formalmente a la FIFA modificar sus sedes de Estados Unidos a México, buscando refugio en la neutralidad de dicho país, donde el embajador iraní, Abolfazl Pesandideh, denunció la falta de cooperación de Washington.

La situación alcanzó un punto crítico cuando se reportaron graves obstáculos administrativos: las autoridades estadounidenses denegaron o retrasaron la expedición de visados a 15 miembros clave de la delegación iraní, incluyendo personal médico y analistas tácticos, complicando severamente la logística del equipo (El País, 2026).

Tras el rechazo de la FIFA que mantuvo a Irán en el Grupo G con sedes en Los Ángeles y Seattle, el presidente de la federación, Mehdi Taj, condicionó la participación final a un ultimátum de 10 puntos que exige garantías consulares para figuras como Mehdi Taremi y Ehsan Hajsafi, el respeto irrestricto a sus símbolos estatales y un aparato de seguridad que mitigue a la disidencia en el exilio. El mensaje del politburó es contundente: el Estado ya no viaja para integrarse a la comunidad global, sino para marcar una frontera ideológica inquebrantable.

3.4 La Identidad de Género como Campo de Batalla

El deporte en Irán tras la Revolución de 1979 se convirtió en un epicentro de control institucional bajo un esquema de segregación de género. Según Gutiérrez Luna y Fuentes Arzate (2021), el Estado utiliza la exclusión de actividades recreativas y la imposición de estrictos códigos de vestimenta como mecanismos de control social sobre el cuerpo femenino. Esta política transformó estadios, como el Azadi, en zonas de fricción política, donde movimientos como Open Stadiums han denunciado la arbitrariedad estatal.



La respuesta del régimen ha sido punitiva, destacando el caso de Sahar Khodayari conocida como la 'Chica Azul', protagonizó un caso que visibilizó la severidad de las restricciones de género en Irán, cuya inmolación en 2019 tras enterarse de que sería encarcelada por haber intentado entrar a un partido de fútbol, una acción prohibida para las mujeres en Irán. Poco después Khodayari falleció tras prenderse fuego frente a un tribunal en Teherán. Esta acción fue motivada por su desesperación al enterarse de que enfrentaría una sentencia de cárcel tras haber intentado ingresar a un estadio de fútbol, actividad que le estaba prohibida por ser mujer. (Espinosa,2026).

Como consecuencia de la presión internacional y la conmoción social que provocó su muerte, en octubre de 2019 se permitió que las mujeres iraníes asistieran a un partido de fútbol en Irán por primera vez en 40 años.

Esta confrontación se extiende a disciplinas individuales como el ajedrez, el boxeo y la escalada, donde figuras como Sara Khadem, Sadaf Khadem y Elnaz Rekabi han enfrentado persecución, exilio o represión familiar por competir sin el hiyab obligatorio. Para ilustrar este desafío al poder, destaca el caso de Sara Khadem, quien compitió sin velo en el Campeonato Mundial de Ajedrez; Sadaf Khadem, pionera al disputar un combate de boxeo oficial en Francia sin hiyab, y Elnaz Rekabi, cuya escalada sin velo en Seúl se convirtió en un símbolo global de resistencia. Estas deportistas, mediante actos concretos de desobediencia al código de vestimenta islámico en competencias internacionales, expusieron la vulnerabilidad del control estatal y convirtieron su participación en una herramienta de visibilización frente a la represión que enfrentan en su país.

Más allá de la denuncia individual, esta resistencia ha logrado fracturar el monopolio discursivo del régimen sobre la "moralidad" en el espacio público. La visibilidad de estas deportistas en escenarios internacionales ha obligado a una audiencia global a confrontar las contradicciones de un Estado que pretende proyectar una imagen de normalidad institucional mientras ejerce un control coercitivo sobre las libertades fundamentales de sus ciudadanas. Este proceso ha transformado la cancha, el ring y el tablero en extensiones del activismo civil, demostrando que el deporte, bajo condiciones de opresión, adquiere un valor político mucho más profundo que la simple competencia atlética.



Finalmente, esta dinámica subraya que el deporte es un componente crítico de la seguridad interna para el Estado iraní. La intransigencia del régimen ante la mínima transgresión como el uso de vestimenta no reglamentaria revela el temor a que la emancipación física de las mujeres se convierta en una precursora de una transformación política más amplia. Por tanto, la lucha de estas atletas no es solo por el derecho a practicar un deporte, sino una batalla simbólica por la soberanía sobre el propio cuerpo en un contexto donde el Estado se niega a ceder cualquier espacio de autonomía a la sociedad civil.

4. Marruecos y la Reivindicación de la Frontera Civilizatoria

4.1 Marruecos y la reconfiguración del orden poscolonial: Del césped a la gobernanza global

El estudio del deporte contemporáneo desde las Relaciones Internacionales demuestra que las competencias globales no son meros espectáculos de masas, sino complejos escenarios de disputa simbólica, proyección de poder blando (soft power) y diplomacia cultural. El presente capítulo analiza cómo el fútbol de alta competencia opera como una vitrina donde se proyectan, negocian y redefinen las narrativas del nacionalismo contemporáneo, los legados postcoloniales y las lealtades transnacionales en el siglo XXI. Tomando como eje articulador el papel estratégico del Reino de Marruecos, este apartado examina cómo el balompié ha dejado de ser una simple manifestación de orgullo local para convertirse en un sofisticado recurso geopolítico y una herramienta de afirmación soberana en el tablero internacional.

La razón fundamental de este capítulo es desglosar la intersección del fútbol con el fenómeno nacionalista a través de tres dimensiones clave:

- **Nacionalismo de resistencia:** Las victorias deportivas frente a potencias europeas actúan como una revancha simbólica que desafía el legado colonial y afirma la identidad cultural e islámica frente al eurocentrismo.



- Diplomacia de co-soberanía (2030): La coorganización del Mundial 2030 con España y Portugal marca un hito de igualdad institucional, transformando la relación histórica de colonizador-colonizado en una plataforma de gobernanza compartida.
- Identidad transnacional: Marruecos redefine el nacionalismo al integrar exitosamente a futbolistas nacidos en Europa, quienes eligen representar a su país de origen por convicción y herencia familiar, más allá de su lugar de nacimiento.

4.2 La Resistencia Magrebí y el Desafío a las Potencias Occidentales

El desempeño reciente de la selección de Marruecos en los mundiales trasciende lo deportivo para convertirse en un fenómeno geopolítico. Este éxito valida la tesis de Huntington (1996) sobre el choque de civilizaciones, sugiriendo que las tensiones globales contemporáneas se dirimen más en el ámbito cultural que en el ideológico o económico. Al derrotar a potencias con un historial colonial en las últimas 2 ediciones de la Copa del Mundo de la FIFA como España, Portugal, Bélgica y Países Bajos, Marruecos no solo ha logrado hitos históricos, como alcanzar las semifinales en Qatar 2022, convirtiéndose así en la primera selección africana y árabe en conseguir esta hazaña, sino que ha proyectado un asertividad que subvierte las jerarquías internacionales tradicionales.

El uso del deporte como herramienta estratégica es un pilar fundamental de la agenda marroquí. Tras cinco candidaturas fallidas para albergar una Copa del Mundo (1994,1998,2006,2010 y 2026) la obtención de la sede para 2030, en conjunto con España y Portugal, representa una victoria de resiliencia geopolítica. Rabat ha transformado décadas de exclusión sistemática por parte de los comités occidentales en una estrategia de coasociación que posiciona al Reino en un plano de estricta igualdad institucional con las naciones europeas que otrora fueron potencias coloniales en su territorio.



Esta proyección de poder se evidencia en la ambiciosa infraestructura desarrollada por el país. Con un presupuesto que supera los 5.100 millones de dólares para modernizar seis sedes y su red aeroportuaria, Marruecos contempla un rol protagonista en la organización del torneo. El Reino demuestra una capacidad logística diseñada para desafiar el soft power de sus socios europeos, utilizando el evento como un trampolín para consolidar su influencia diplomática y su prestigio como potencia regional en un mundo interconectado.

Así, el proyecto estrella de esta ambición geopolítica es la construcción del Gran Estadio Hasán II de Casablanca, una megainfraestructura para 115.000 espectadores que busca desafiar la hegemonía de las sedes españolas (López Marín, 2026). Tal como indica Navarro Amedo (2025), Marruecos no solo busca ser sede del Mundial de 2030, sino que aspira a arrebatárselo a España la gran final, compitiendo directamente con estadios históricos de renombre mundial como el Santiago Bernabéu en Madrid y el Camp Nou en Barcelona. Este esfuerzo forma parte de una estrategia donde Marruecos busca coronar su proyección internacional y equilibrar el peso político del evento frente a la candidatura europea.

Finalmente, la coorganización de 2030 obliga a una relectura de las memorias de ocupación territorial en la región. La relación con España y Portugal está marcada por una compleja herencia histórica: España ejerció formalmente el régimen de protectorado sobre el territorio marroquí durante 44 años, entre 1912 y 1956, mientras que Portugal mantuvo una red de enclaves costeros estratégicos desde la toma de Ceuta en 1415 hasta el siglo XVIII. Esta asimetría, que se agudiza por las disputas vigentes sobre soberanía en plazas como Ceuta y Melilla que continúan bajo control español, añade una capa de complejidad histórica al torneo. En este sentido, el Mundial no es solo un encuentro deportivo, sino un escenario donde Marruecos busca renegociar su estatus frente a sus antiguos colonizadores, utilizando el fútbol como una trinchera para la afirmación soberana.



4.3 La Identidad Magrebí y el Nacionalismo Transnacional

El caso de la selección marroquí ilustra una mutación del nacionalismo en la globalización: la desterritorialización de la identidad. A diferencia de los modelos migratorios donde las segundas y terceras generaciones se asimilan a la cultura de acogida, el fenómeno marroquí demuestra una identidad afectiva heredada que trasciende el pasaporte legal. En la Copa del Mundo 2026, 19 de los 26 seleccionados nacieron en el extranjero (Sports Illustrated, 2026). Consolidando el talento y la plantilla de la selección marroquí gracias a una extraordinaria capacidad de captación de talento transnacional.

Este modelo contrasta con la realidad de otras naciones africanas, en estos casos, las diversas selecciones africanas subsaharianas y del norte de África han dependido de flujos de talento que se mimetizan con las antiguas metrópolis, terminando por representar a las naciones de origen de sus progenitores a menudo como una alternativa secundaria o de descarte, tras no encontrar espacio en los combinados europeos de élite.

Cuyos talentos formados en Europa suelen representar a sus países de origen de sus ancestros solo como alternativa secundaria ante la falta de espacio en los combinados europeos. En contraposición, el futbolista magrebí prioriza activamente la camiseta de Marruecos por convicción y patriotismo intergeneracional. Este fenómeno se ancla en las "comunidades imaginadas" de Anderson (1983): el nacionalismo afectivo eclipsa la ciudadanía legal, pues la filiación depende de códigos culturales compartidos y la memoria del hogar, no de la geografía.

Así, este nacionalismo transnacional desafía las premisas de Gellner (1983) sobre la identidad nacional como reflejo homogéneo del territorio administrado por el Estado. En el siglo XXI, Marruecos demuestra que la pertenencia comunitaria puede construirse de forma fluida y deslocalizada. Este éxito identitario ha funcionado como un efecto multiplicador, catalizando inversiones en infraestructura y convirtiendo el orgullo de la diáspora en un recurso geopolítico estratégico para el asertividad exterior del Reino.



V. Conclusión: El Deporte en la Era de las Identidades Fracturadas

El deporte ha dejado de ser un fenómeno de entretenimiento para convertirse en el escenario primordial de la geopolítica popular. En un sistema internacional caracterizado por la decadencia estructural del orden liberal post-Segunda Guerra Mundial, las instituciones multilaterales han demostrado ser inoperantes para gestionar los complejos conflictos de identidad que definen la era contemporánea. Ante este vacío de gobernanza global, las competencias deportivas funcionan como el espacio donde las naciones proyectan su poder simbólico ante audiencias globales en tiempo real.

Los casos analizados revelan tres dimensiones críticas de esta reconfiguración geopolítica: Rusia ejemplifica un repliegue defensivo, donde la nación ha sustituido su ambiciosa estrategia de soft power por un nacionalismo de resistencia ante el aislamiento internacional derivado de su actual conflicto bélico en Ucrania; Irán refleja la fractura profunda entre un régimen que instrumentaliza el deporte como aparato de control ideológico y una sociedad civil que lo emplea como tipo de resistencia ideológica ; y Marruecos encarna la reinención transnacional, utilizando el deporte como un vehículo de reafirmación soberana para desafiar simbólicamente la hegemonía de las antiguas metrópolis coloniales.

Resulta imperativo reconocer que esta dinámica no se limita únicamente a los países estudiados. A lo largo del globo, otras naciones utilizan el deporte para afirmar su existencia y defender sus propias visiones del mundo frente a un orden que ha dejado de ser regulado para convertirse en un campo de batalla simbólico. Dado que el deporte se ha convertido en la herramienta universal para disputar el derecho al reconocimiento en un mundo fragmentado.

En última instancia, mientras las instituciones internacionales sigan erosionándose, el deporte permanecerá como el último refugio de la identidad cultural.



En un sistema internacional que carece de un lenguaje diplomático común, el deporte se erige como el símbolo más relevante y trascendental de nuestra era, capaz de manifestar las tensiones, aspiraciones y fracturas de un siglo XXI marcado por la búsqueda incesante de sentido en medio del desorden multipolar.

Referencias

- Anderson, B. (1983). Comunidades imaginadas: Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. Fondo de Cultura Económica.
- Allison, R. (2023). Russian State Identity and the Invasion of Ukraine. International Affairs, Oxford University Press.
- Castillo, E. (2026, 14 de junio). Marruecos, primera selección en jugar un Mundial con 11 no nacidos en su país. Sports Illustrated. <https://www.si.com/mx/mundial-2026/marruecos-primera-seleccion-en-jugar-un-mundial-con-11-no-nacidos-en-su-pais>
- Cha, V. (2009). Beyond the Final Score: The Politics of Sport in Asia. Columbia University Press.
- Comité Olímpico Internacional (COI). (2024). Directrices sobre la participación de Atletas Individuales Neutrales (AIN) con pasaporte ruso o bielorruso. Comunicado Oficial de la Comisión Ejecutiva.
- Espinosa, Á. (11 de septiembre de 2019). *La muerte de la Chica Azul conmociona a Irán. El País*. https://elpais.com/internacional/2019/09/11/mundo_global/1568193650_098245.html
- FIFA. (2022). Qatar 2022 Technical Report: The emergence of African and Arab football. FIFA Publications.



- Garrido, V. M. (7 de junio de 2026). Irán aguarda todavía las visas para EE UU de 15 miembros del cuerpo técnico y la directiva para el Mundial. El País. <https://elpais.com/mexico/2026-06-07/iran-aguarda-todavia-las-visas-para-ee-uu-de-15-miembros-del-cuerpo-tecnico-y-la-directiva-para-el-mundial.html>
- Gellner, E. (2001). Naciones y nacionalismo (2.ª ed.). Alianza Editorial. (Obra original publicada en 1983).
- Grix, J., & Kramareva, N. (2020). The Use of Sport for Self-Branding: The Case of Russia. En Sport and Geopolitics. Routledge.
- González Levaggi, A. (2020). El retorno de Moscú: La gran estrategia de Rusia en la era Putin (2000-2020). Foro Internacional, 60(4), 1295-1329. <https://doi.org/10.24201/fi.v60i4.2695>
- Gutiérrez Luna, A., & Fuentes Arzate, I. (2021). Una aproximación a la situación de las mujeres en el Irán contemporáneo: perspectivas locales y globales. MUUCH' XÍIMBAL CAMINEMOS JUNTOS, (13), 159-187. <https://doi.org/10.26457/mxcj.v0i13.2975>
- Hobsbawm, E. J. (1991). Naciones y nacionalismo desde 1780. Crítica.
- Huntington, S. P. (1996). El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial. Paidós.
- Kobierecki, M. M. (2023). Sports Diplomacy in the Post-Cold War Era. Palgrave Macmillan.



- López Marín, A. (7 de mayo de 2026). Gran Estadio Hassan II, la monstruosa joya para 115.000 espectadores con la que Marruecos amenaza al Bernabéu: "Gradas empinadas y compactas para un ambiente espectacular". Infobae. <https://www.infobae.com/mexico/2026/05/07/gran-estadio-hassan-ii-la-monstruosa-joya-para-115000-espectadores-con-la-que-marruecos-amenaza-al-bernabeu-gradas-empinadas-y-compactas-para-un-ambiente-espectacular/>
- McKinsey & Company. (2018). Final report on the economic, social and environmental impact of the 2018 FIFA World Cup in Russia. Moscú: Local Organising Committee (LOC).
- Navarro Amuedo, A. (26 de mayo de 2025). Mundial 2030: la puesta de largo sobre el césped del soft power marroquí [ARI 75/2025]. Real Instituto Elcano.
- Nye, J. S. (2004). Soft Power: The Means to Success in World Politics. PublicAffairs.
- Observatorio de Geopolítica Deportiva. (2025). El nacionalismo transnacional: El caso de la diáspora en las selecciones del Magreb. Análisis de Prospectiva y Geopolítica.
- UEFA. (2022, 28 de febrero). FIFA/UEFA suspenden a los clubes y selecciones nacionales rusas de todas las competiciones. <https://es.uefa.com/news-media/news/0272-148df3492859-aef1bad645a5-1000--fifa-uefa-suspenden-a-los-clubes-y-selecciones-nacionales-ru/>
- UNESCO. (2024). El deporte como herramienta de cohesión social y diplomacia cultural en el siglo XXI. Informe de Gobernanza Global





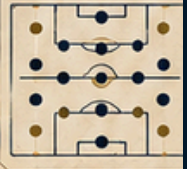
EL XI GEOPOLÍTICO

LA POLÍTICA INTERNACIONAL EN CLAVE FUTBOLÍSTICA

Una analogía entre las posiciones de un equipo de fútbol y el papel que desempeñan algunos de los principales líderes políticos en el sistema internacional contemporáneo.

4-3-3

FORMACIÓN



LA TÁCTICA DEL SISTEMA INTERNACIONAL

Así como en el fútbol cada jugador cumple una función específica dentro del campo en la política internacional cada líder desempeña un papel estratégico dentro del sistema global.

Esta analogía no busca juzgar liderazgos, sino comprender funciones, prioridades, estilos e ideologías que mueven el tablero mundial.

ATAQUE

Potencias que buscan marcar el rumbo, expandir su influencia y liderar la transformación del sistema.

CREACIÓN

Líderes que organizan, conectan y generan cooperación entre bloques y regiones.

EQUILIBRIO

Actores que median, buscan estabilidad y promueven puentes en un mundo dividido.

DEFENSA

Líderes que protegen sus intereses, defienden sus valores y mantienen el orden interno y externo.

ESTRATEGIA

Quien diseña el plan, cambia el esquema y redefine las reglas del juego.

PORTERO



El último bastión. Guardián de la estabilidad y el equilibrio del sistema.



El guardián de la estabilidad. No siempre brilla, pero su rol es esencial para mantener el equilibrio económico e institucional de Europa.

DEFENSA (LÍNEA DE 4)



Protegen el área, marcan límites y sostienen la estructura del equipo.



Lateral ofensivo y agresivo. Prioriza la seguridad interna, recupera rápido el balón y no teme asumir riesgos en su estrategia.



Defensora férrea de la soberanía, las fronteras y la identidad nacional. Ordena la línea defensiva y protege sus principios.



Central táctico y constructor. Defiende con inteligencia y privilegia el juego asociativo, el diálogo y el institucionalismo.



Lateral moderno y ofensivo. Proyecta poder, interviene y busca influencia global a través de alianzas, defensa y diplomacia activa.

MEDIOCAMPO (LÍNEA DE 3)



El motor del equipo. Conectan líneas, organizan el juego y marcan el ritmo de la partida.



Interior con visión conservadora y enfoque en seguridad. Conduce el balón desde la disciplina, el orden y el fortalecimiento de su posición regional.



El cerebro del equipo. Organiza, distribuye y mantiene la cohesión. Su liderazgo busca unidad, regulación y estabilidad institucional.



Interior creativo y articulador. Representa al Sur Global, promueve la cooperación entre bloques y busca espacios de mediación en un mundo multipolar.

DELANTERA (LÍNEA DE 3)



Los encargados de generar peligro, romper defensas y marcar el rumbo del ataque.



Extremo disruptivo y directo. Rompe esquemas, acelera el juego y desafía el statu quo con su libertad económica y su discurso contundente.



El eje del ataque. Su país marca el ritmo económico y geopolítico global. Concentra recursos, presiona y busca el gol a través de la influencia, el comercio y la tecnología.



Extremo equilibrado y estratégico. Conecta Norteamérica con América Latina. Aporta amplitud diplomática y busca equilibrio entre cooperación y autonomía.

DIRECTOR TÉCNICO



No juega dentro del campo, pero diseña la estrategia, modifica el sistema y cambia las reglas del partido.



DONALD TRUMP ESTADOS UNIDOS



No juega dentro del campo, pero define la estrategia, modifica el sistema y cambia las reglas del partido. Su visión "America First" reconfigura alianzas, presiona a sus rivales y busca obtener ventaja en cada movimiento.



RUMBO AL
2026

